



CAPÍTULO VII

Independencia del Oriente.—Bósforo, Bitinia, Capadocia, Ponto.—Armenia, Bactriana, Partos.—Mitrídates el Grande.

El trastorno causado en Asia por la conquista de Alejandro, habia sido terrible. Sólo algunos golpes habian sido suficientes para destrozarse la monarquía persa. El triunfo habia sido inaudito por su facilidad, principalmente por su prontitud, y esta prodigiosa rapidez puede explicar muchos sucesos. Paseado en Oriente por la falange victoriosa, el nivel macedónico habia trastornado sin duda alguna importantes y arraigadas nacionalidades; pero tambien, y á favor del universal trastorno, muchas otras habian conseguido salvarse, y bajando la cabeza, habian quedado desapercibidas: á la muerte del héroe volvieron á levantarse.

Grande extrañeza causó el que en los diversos ángulos del vasto imperio que acababa de dividirse, reapareciesen pequeños reinos con sus príncipes de antigua raza y sus envejecidas instituciones. Pero los ambiciosos generales de Alejandro tenian otra cosa que disputarse, sin atender á estos trozos aislados. ¿Qué importaba por otra parte á Pérdicas, al fiero Antígono, á todos los señores en esperanza de la monarquía universal, que tal ó cual insignificante rey se entronizase en Capadocia, en Bi-

tinia, en el Ponto Euxino ó en el Bósforo? De esta suerte, á la sombra de una gran dominación ó en medio de turbulencias, por su sumisión ó por su impotencia, pudieron subsistir algunos, ignorados ó despreciados. En el Norte del Asia Menor es donde principalmente se encontraban estas naciones poco formidables en apariencia, de gran vitalidad sin embargo, y celosas de su libertad. Todavía podian estarles reservados felices dias.

Sólo faltaba un hombre de cabeza y de corazon, que sabiendo aprovecharse de las circunstancias, uniese todos estos intereses comunes, les estrechase en su mano é hiciese de ellos despues un arma para defenderse y para atacar. Bastaba que en un tiempo de invasion extranjera se presentase un rey capaz de agrupar todas estas individualidades y de oponerlas á la invasion, y esta mezquina porcion del Asia podia señalarse todavía por una resistencia heroica. Este hombre le fué concedido, y cuando toda el Asia, con sus imperios nacidos de la Macedonia, se doblegaba y se arrojaba á los piés de Roma, el reino de Ponto salió de repente de su oscuridad y produjo á Mitrídates.

Pero si estas pequeñas nacionalidades se ha-

bian sustraído á la espada de Alejandro, la conquista no habia pesado ménos sobre vastas poblaciones. Aquellas tambien, que nada podia atraerlas sobre la Grecia, aquellas provincias del centro, provincias asiáticas por excelencia, tenian una antipatía real hácia los imperios helénicos, á los cuales se encontraban sometidas; antipatía de costumbres, de gobierno, de religion, de raza, en fin. Cualquiera concesion que hiciese la córte de Antioquia, por orientales que quisiesen ser los seleucidas, su dominacion fundada por la fuerza, no era durable; chocaba de frente con muchos y muy arraigados hábitos; era, pues, un imposible y debia de perecer. Cayó al fin, mas no sin una valerosa defensa; era necesario que el mundo se dividiese y sacudiera poco á poco el yugo extranjero. Cada uno llega á enseñorearse de sus comarcas, y mientras que la Armenia se desmembraba y la Bactriana se levantaba bajo los príncipes que habia adoptado, la antigua monarquía persa se reconstituía y renacia bajo el nombre y con el esfuerzo del pueblo de los Bravos, los partos. Á este último imperio están reservados los más altos destinos. Y ciertamente habia una gran vitalidad en esta nacion, que debia resistir siempre á los ataques incesantes de la ciudad eterna. Tal será, en efecto, el papel de los partos: han sido encargados de guardar las barreras del Oriente, y son en efecto como el limite puesto á las olas de la conquista occidental.

De los reinos salvados como por sorpresa de la invasion macedónica, el del Bósforo era uno de los más antiguamente constituidos. Sus dinastías, que hacia muchos siglos tenian relaciones con la Grecia, debieron sin duda á sus buenos oficios el conservar su diadema. Por lo demas, las estatuas de bronce que Atenas habia erigido á Perisades y á Satir, ponen de manifiesto los auxilios que frecuentemente prestaron á los pueblos de la Hélade, y las obligaciones que les habia impuesto el comercio de la península. Monopolizando en provecho suyo las operaciones mercantiles de todo el Ponto Euxino, estos reyes, protegidos por los atenienses, y dueños de ciudades ricas é importantes, se defendieron vigorosamente, ya contra las hordas de kirnis que intentaban invadirles, ya

tambien contra los príncipes vecinos suyos, que les querian someterles, hasta que al fin Perisades II, rodeado de enviados y temiendo caer en poder de los bárbaros, abdicó en favor de Mitrídates de Ponto, el glorioso é implacable perseguidor del nombre romano (120).

El Bósforo debió su salvacion á sus buenos oficios para con la Grecia, y la Bitinia la debió á su bravura. Bas, uno de los reyes de segundo orden que el schah del Iran tenia bajo sus órdenes y que justificaba su título de rey de los reyes, batió al general macedónico enviado ontra él, y conservó el trono hasta su muerte (320).

No eran, pues, los lugartenientes de Lisimaco los que hubieran podião hacer lo que no habian hecho los de Alejandro, y Zipetes alcanzó sobre ellos numerosas victorias. Pero las victorias le debilitaban, y cuando Nicomedes I se vió á la cabeza del Estado, atacado de un lado por su hermano Zibeas, y del otro por Antioico, se creyó perdido y llamó en su ayuda á los aventureros galos que vagaban por las orillas del Helesponto (278).

Considerándose muy felices por abrirse paso en el Asia á este precio, los galos (1) llegaron, y sólo algunos dias bastaron para obligar á Zibeas á expatriarse. Pero Antioico queria continuar la guerra por su propia cuenta; chocó tambien contra las hordas gálicas, y la Bitinia conservó su independencia, gracias á los extranjeros.

En reconocimiento de este señalado servicio, Nicomedes estableció á sus libertadores en la frontera meridional de sus Estados, con lo cual, además de recompensarles, hacia de ellos una fuerte línea de defensa. Pero no habia tenido en cuenta para nada su carácter, y las deliciosas campiñas del Hermo y de la Troada eran para los aventureros una tentacion, á la cual no resistieron. El Asia fué saqueada por sus batallones, y se necesitaron todas las fuerzas del rey de Siria para defender la península (250).

Tan formidables á su protegido como á sus enemigos, los galos pensaron un dia en apro-

(1) Amadeo Thierry, *Historia de los galos*, t. I, capítulo V.





piarse la Bitinia; Zelas, sucesor de Nicomedes, sospechando su complot, invitó á todos los jefes á un gran festín, en el cual debía hacerles asesinar. Los bárbaros lo previeron y le asesinaron en su misma mesa (237).

En medio de todas estas guerras civiles y extranjerías, la Bitinia iba en decadencia. Apénas Anibal pudo hacer levantar á Prusias, cuando este infame monarca, que no comprendió nada del plan de este hombre grande, cometió la vileza de entregarle á los romanos. Despues de esto, fué á llevar el «gorro verde» en las calles de la reina del mundo; se decia él mismo «liberto del pueblo romano,» y era peor que un esclavo. Cansado de esta gran vergüenza, Nicomedes asesinó al imbécil anciano, cuyo reinado envilecia la Bitinia hacia ya sesenta años (148); entre tanto Mitridates aparecía amenazante.

La Capadocia tenia igualmente tambien sus príncipes; pero á la clemencia de Alejandro, más que á sí misma, debía un Ariarato. Pérdicas le hizo asesinar; felizmente la muerte del regente y de Eumenes permitieron á su hijo recobrar el gobierno, y sucesivamente, sin ruido y sin turbaciones, otros seis Ariaratos dominaron durante un siglo sobre los pacíficos capadocios; el sétimo reinaba en el momento en que Mitridates vino á trastornar el Asia Menor (1).

Era este biznieto de Djem-schid, y por tanto no habia una raza más antigua que la dinastía de Ponto. El primer rey de Ponto, Artabaces, era hijo de Gustaspes y hermano de Jerjes (480), y pereció en Salamina. La caída de la monarquía irania no habia arrastrado consigo la de la casa de Artabaces; sometido á Alejandro Magno, Mitridates II (2) habia asistido de léjos á sus triunfos y á las contiendas de sus generales. Partidario de Antígono, habia perecido víctima de una falsa suposición de traición (302). Despues de su muerte y por los perseverantes esfuerzos de sus sucesores, el reino tomó una notable extensión. Aplastando á los galos, conquistando la Paflagonia, una parte

(1) Estrabon, l. XII.

(2) Mitridates quiere decir: «Dado por Mithra.»

de la Capadocia y la importante ciudad de Sinope, comenzó á figurar en el mundo, y Roma no desdeñó contar á Mitridates VI (157-123) por amigo y aliado; mejor que esto, y por premio de sus servicios en la tercera guerra púnica, Roma le hizo donacion de la grande Frigia. Este beneficio debia costar caro á la república, y Mitridates Eupator iba á rescatar su independencia por medio de terribles golpes.

Pero ántes de asistir á la lucha, detengámonos un instante para considerar el fondo del cuadro. Al lado de este país de antigua constitucion, han nacido otros, que aparecerán tambien en el campo de batalla; el desmembramiento del imperio de los seleucidas les ha creado.

Comenzaba el Asia á cansarse de obedecer, y viendo el cetro de ella en tan miserables manos, le rompió. La señal habia partido de la Armenia. Desde el tiempo de las primeras contiendas de los generales, Ardoato, uno de los principales señores del país, habia dado la libertad á sus compatriotas (284); pero esta tentativa heroica no tuvo éxito duradero, y los hijos de Haig volvieron á caer bajo la alta supremacía de los seleucidas.

Tiempo andando se hicieron esfuerzos más afortunados. El dios Antioco conservaba la corona de Seleuco el Grande, y parecia que esto era únicamente para desmentir su omnipotencia divina. Por un lado, un macedonio, Teodoto, sublevaba las ciudades de la Bactriana y se proclamaba rey de las provincias de Oriente, y por otro, la antigua Persia respondia por un grito de libertad al llamamiento de Arsachag Arsaces, el poderoso, el bravo, el parto (255).

Este hombre se presentaba como el descendiente de Djem Schid y de Feridun. Enseñaba el estandarte sagrado, el diresch kiaweyani, el delantal del herrero, salvado de los desastres de Darío. Se intitulaba schagh del Iran y rey de los reyes; en sus medallas veíasele sentado sobre un trono llevando el antiguo gorro de los príncipes iranos, la tiara de Khosru, y revestido con el traje nacional (1). Á su voz todo el Irak-Adjemi, la Parthia, se subleva, y

(1) Visconti, *Iconografía griega*.



los gobernadores griegos fueron asesinados. Las provincias de Farsiz, del Azerbidjaian, del Mezenderan y Khusistan reconocieron al nuevo monarca, y mientras vivió Arsachag, el imperio restablecido subsistió por la victoria.

Guderz, Tiridates, el rey dado por Mercurio, siguieron sus huellas. Seleuco II, el brillante vencedor Kallinikos, fué derrotado, hecho prisionero y obligado á hacer una paz humillante; la Hircania fué arrebatada y unida al reino. Esto era comenzar gloriosamente.

Esta suerte no fué duradera, y Guderz, perseguido por Antioco II y habiendo perdido algunas batallas, vió sus provincias asoladas y sus ciudades saqueadas y destruidas. Huyendo iba delante del vencedor, y habia perdido toda esperanza, cuando las intrigas de la córte de Antioquia llamaron al rey de Siria, y Tiridates recobró sus Estados (129).

La Parthia respiró, y despues de los príncipes guerreros, los príncipes pacíficos, Firuz I, Firuz II, Friapatius, como decian los griegos, esperaban y se preparaban para la guerra en el silencio.

Los acontecimientos de Asia eran entónces de un poderoso interes; la córte de los seleucidas no producía inquietudes, puesto que habia aceptado los auxilios de su antiguo súbdito, y en una guerra contra la Bactriana habia sido muy eficaz el apoyo y la proteccion de los partos.

Pero las miradas se dirigian al Occidente, hácia la formidable Roma, que se destacaba en el horizonte, y cuyos golpes resonaban hasta ellos. Ya los partos habian oido su lenguaje altanero, y la victoria de Magnesia vino á confirmar todas sus sospechas. Roma queria apoderarse del Asia, y acababa de ganar hasta el Tauro. Los partos se alarmaron, puesto que la Siria no era más que un punto de resistencia.

La Armenia, cansada de la dominación seleucida, aspiraba á la independencia: siendo libre, formaba un gran remate de columna. Firuz II le arrebató la libertad; pero conservándola bajo la supremacía del imperio iranio, y Vagh-Arsachag, Val-Arsaces, recogió la herencia de la dinastía Haigania (188).

Al decir de los historiadores armenios (1), este príncipe era un hombre superior: bravo y prudente tanto como bueno y equitativo, se rodeó de las más ilustres familias del reino, dando á Pakarad, judío de la casa de David, el cargo de coronar al rey, haciendo volver á entrar en la obediencia á los bárbaros del Cáucaso, creando una administracion fuerte y activa, una córte espléndida, un ejército formidable, y despues de un reinado prolongado, dejando, en fin, á sus descendientes un trono afirmado.

Los partos habian adquirido la dirección de los negocios del Oriente, y la conservaban por sus victorias. En vano la tiranía de Pelasch I, Mitridates, «dado por Mithra, el sol,» subleva contra él á los griegos de sus Estados (174-138); en vano Demetrio II, arrojado de Antioquia, quiere trastornar la Persia. Los rebeldes son derrotados, Demetrio es hecho prisionero y tratado con generosidad; la Bactriana, á pesar de sus esfuerzos, es sometida; la Media es tomada, y toda el Asia Central hasta el Golfo Pérsico reconocia el schah de los schahs.

Pero la suerte cambió con su hijo Firuz III, Fraates (138-127). Vencido por Antioco VII, que fué asesinado por los partos, no se aprovechó de la muerte de su enemigo. Habia llamado á los escitas en su auxilio, y no quiso pagarles, y ellos se vengaron, dándole muerte, asolando sus provincias y asesinando tambien á Esdevan I, Artaban, su sucesor.

Con Ormuzdates, Hormiadas (124-90), volvió á comenzar la gloria del imperio, y este gran monarca, Padischa, Buzurk, reinstalando en su trono al rey de Siria, era el árbitro del Oriente.

Entre tanto los romanos avanzaban, y el Asia se preparaba á la defensa. La Armenia, amenazada, se habia fortificado á expensas de los seleucidas, y Tigranes I llevaba el pomposo título de rey de reyes. Demasiado atrevido y valiente para tolerar supremacías de nadie, muy prudente para arriesgarlo todo y llevar adelante sus proyectos, el rey de los partos observaba neutralidad y esperaba tranquilo el desenvolvimiento de los sucesos.

(1) Véase *Armenia*, por Eugenio Boré, en el *Mundo Pintoresco*, y sus autoridades.





Entonces apareció el rey del Ponto, Mitridates Eupator, y con este héroe dió principio la lucha: la independencia asiática aventuraba por medio de él su último esfuerzo. Había hasta en las circunstancias de su juventud algo grandioso y maravilloso, capaz de imponer á las masas. Viviendo en medio de las selvas, aguerrido en toda clase de fatigas, corriendo mil estadios sobre caballos apostados convenientemente, sin descansar, hábil en todos los ejercicios del cuerpo, valiente hasta la temeridad, había contraído una rudeza de costumbres y de carácter que hicieran más ásperos todavía sus continuos peligros. Obligado á acostumbrarse al veneno, viajando desconocido y abandonado durante largos años, inaugura su reinado por matanzas, asesinando á su madre y vengándose por la muerte de la traición de su mujer y de sus cómplices (123).

Entonces dirige una mirada sobre la situación del Oriente y comprende toda la extensión del peligro. El Ponto será el centro de una nueva reunión de pueblos contra los romanos invasores que han oprimido á los seleucidas y que avanzan cada día más. También él asegura sus fronteras, hace aguerridas sus tropas contra los bárbaros de la Escitia, hereda de grado ó por fuerza el reino del Bósforo, cuyos tesoros le ganan numerosos auxiliares, y dueño del Euxino, se alia con Nicomedes de Bitinia. Después comienza la ejecución de su plan y entra en Paflagonia. Los romanos habían declarado esta provincia libre, y esto era la señal de la guerra.

Mitridates se apodera de la Paflagonia, trata con rigor al embajador romano; y en lugar de obedecer las reclamaciones, invade la Galatia, hace asesinar al rey de Capadocia, pariente suyo, entra en el reino bajo pretexto de proteger al sucesor de Ariarato, no tarda en desavenirse con este príncipe y la da de puñaladas (107); con esto le perteneció también la Capadocia.

En vano la nueva conquista se subleva; en vano un nuevo rey, ó un impostor usando de su nombre, va á suplicar á Roma y pedir venganza. Un día el senado envía orden de evacuar la Capadocia; como Sila apoyaba esta ór-

den con un ejército, Mitridates creyó prudente retirarse. No había llegado aún el tiempo y no se consideraba aún bastante fuerte. Se volvió hacia el rey de Armenia, suegro suyo, el faustoso Tigranes. Este poderoso arsacida, que hacía correr delante de su carro cuatro reyes vestidos con una sencilla túnica, se creyó que le correspondía la gloria de hacer el destino del Asia. Las tropas armenias arrojaron de Capadocia al protegido de Roma, restablecido bajo los auspicios del Capitolio, y dieron el reino al hijo de Mitridates.

El rey del Ponto continuaba engrandeciéndose; la Cólquida y el Cáucaso subyugados le proporcionaron atrevidos montañeses é invencibles soldados; al punto hizo una nueva tentativa contra los aliados de la república. Un instante le bastó para destronar á Nicomedes, y el rey de Bitinia fué, como Ariobarzanes, adornado con el gorro verde á llorar sobre el umbral de la Curia. La Frigia se sometió y toda el Asia Menor reconoció al rey del Ponto por su libertador y su jefe.

Toda esta prosperidad duró poco tiempo. Tigranes I pereció asesinado, y sus ejércitos volvieron á ocupar sus Estados, dejando las aventuras de la conquista y el terreno que habían ganado. Mitridates, que se vió abandonado, retrocedió afectando querer prestar sumisión, y como Nicomedes le atacase, se quejó á los cónsules de la supuesta opresión que sufría. El senado se abrogó el papel de árbitro, mandó á los dos reyes que depusiesen las armas, y fué engañado. Durante esta comedia, Mitridates había tenido tiempo para estrechar su alianza con el joven Tigranes, de llamar á los galos y de alistar innumerables bandas de kimris, de bastarnes y de sármatas. En muy pocos meses tuvo 300.000 hombres, 400 naves sobre el Euxino, y habló con altanería á los romanos. El senado estaba muy embarazado por la guerra social: arrojó á Nicomedes y dió principio á la guerra. El desgraciado bitinio perdió todo, campamento, riquezas, ciudades, reino, y además dos pretores fueron derrotados y la flota republicana fué completamente destruida en el Ponto Euxino.

Ante esta nueva el Asia se llenó de alegría,



Las ciudades griegas, llamadas á la libertad, se sublevaron de entusiasmo y sacudieron el yugo de los romanos. Se acogía á Mitridates como un Dios salvador; éste era Baco regresando del Oriente; hombres, tesoros, todo era puesto á sus órdenes. El senado respondió por una declaración de *enemigo público*, lanzada contra el rey, y fué enviado Sila contra él. Mitridates resolvió dar un terrible golpe y no dejar al Asia Menor ni aun el recurso de la sumisión; en un mismo día y á la misma hora en todas las ciudades fueron asesinados los romanos. Cien mil hombres perecieron; el odio era tan grande que fueron quemadas sus casas y saqueadas sus propiedades.

Mitridates fué á entronizarse á Éfeso, y tomó por esposa la hija de Filopemenes. Quería dar libertad á Grecia, y su flota pasó hasta Delos y sus generales desembarcaron en Tracia, en Ática. El encanto de la libertad sublevó todos los pueblos, del mismo modo que al otro lado del Helesponto. Aténas dió el ejemplo; los lacedemonios, los aqueos rechazaron á los romanos, y el general Arquelao entró en el Pireo con los soldados del Ponto. Mitridates se aproximaba cada vez más, estaba en Pérgamo y amenazaba á Italia (87).

Pero Roma era dueña del mundo, y Sila se sacrificaba por ella. La toma de Aténas y la victoria de Orcomenes destruyeron la última esperanza de independencia para la Hélade; la victoria de Pérgamo rechazó á Mitridates lejos de Europa. El campeón del Asia, derrotado, perseguido, arrojado á pesar de todo su valor y perdiendo sucesivamente sus nuevas y antiguas conquistas, debió ceder á la fortuna del Capitolio.

Ya fuese ante el fastuoso Lúculo, ya ante el incapaz Glabrio, ó ya también ante el presuntuoso Pompeyo, poco importaba; la suerte del Asia estaba decidida (1). La venganza de Roma iba á buscar al fugitivo hasta el campamento de Tigranes, y el rey de Armenia pagó su compasión con el precio de su reino.

Los dos reyes habían huido al desierto. El grande hombre se creyó muerto, pero de re-

(1) Véase el capítulo siguiente.

mente meditó el más atrevido proyecto. Dos veces destrozado, privado de todo auxilio en el Asia Menor, había llamado á las errantes hordas de las estepas, á todos los vagabundos de la Escitia (1), á todos los desconocidos aventureros de las llanuras sarmáticas, les tomó á sueldo, se puso á su cabeza y les lanzó en pos de él sobre Italia, por el Danubio, por los Alpes y por la Galia Cisalpina; el huracán debía descender ménos rápido de las montañas. Mitridates no encontró en medio de tantas hordas más que cobardes é infames: todos, llenos de miedo y de espanto, le abandonaron. Entonces, lleno de desesperación, arrojó su vida á Roma como un último desafío; la espada de un gallo puso fin á esta existencia, que había respetado el veneno, y cuando Farnaces su hijo abrió traidoramente las puertas de Panticapea, los romanos no encontraron ya más que un cadáver (65) (2).

La independencia asiática había perecido con el héroe. El Ponto fué reducido á provincia romana; la Bitinia, legada al senado por el débil Nicomedes III, había sufrido la misma suerte (75). Farnaces recibió, con el beneplácito de Roma, el miserable reino del Bósforo, comprado por el parricidio, y fué permitido á Artabaces, como una gracia, reinar sobre la Armenia en lugar de su padre Tigranes.

El triunfo de Pompeyo fué extraordinario; Roma rebosó en alegría al ver los trescientos cautivos, reyes ó príncipes, que seguían el carro, y la tiara de Tigranes, el trono, el cetro y el busto de Mitridates, que era llevado detras. Eran estos indudablemente los funerales del Asia.

El genio oriental huyó entre los partos, y fué á pedir á estos valientes asilo y socorros. La aguerrida nación le abrirá sus tiendas, pero deberá pagar el derecho y el honor de defenderla por su sangre y sus reveses; será necesario que Roma le enseñe á vencer.

(1) Las tradiciones refieren á esta época la existencia y la emigración de Odin ó Woden al Norte de Europa. Véase el capítulo de los *bárbaros de Europa*.

(2) Los armenios dicen que Pompeyo mismo fué el que presentó el veneno al rey vencido. Véase á Eugenio Boré, Armenia, en el *Universo pintoresco*; cita á Moisés de Koren, y á Juan VI el historiador.